

LECTURAS DE ECONOMIA

Eduardo Posada Carbó

Regionalismo, café y nuevo liberalismo en la obra de Alejandro López

Lecturas de Economía. No. 19. Medellín, enero-abril de 1986. pp. 137-152

● **Resumen.** Este ensayo explora tres temas: regionalismo, café y “nuevo liberalismo” a partir de dos trabajos de Alejandro López: *Problemas colombianos e Idearium liberal*. La discusión es planteada alrededor del problema de la nacionalidad, tratando de abrir algunos interrogantes al tema de la formación y consolidación del Estado nacional colombiano ubicando el debate en el contexto histórico del siglo XX. Se pretende situar la obra de Alejandro López en el terreno de las diferencias regionales y de la consolidación del Estado nacional, intentando descubrir las raíces regionalistas del “discurso nacional” de López con el fin de establecer cómo y cuándo se vuelve nacional lo regional en el campo de las ideas.

● **Summary.** *This essay explores three themes – regionalism, coffee and the ‘new liberalism’ – as developed in two works of Alejandro López, Problemas colombianos, and Idearium liberal. The discussion is developed in the context of nationality and explores the theme of the formation and consolidation of the Colombian national state in the historical context of the twentieth century. López, work is located between regional differences and the consolidation of the national state in an attempt to discover the regional roots of his “discurso nacional” and finally to establish how and when things regional become national in the context of ideas.*

I. Introducción, 139. — II. Los problemas de Antioquia son los del país, 140. — III. Colombia, una débil idea, 141. — IV. El cuello del cisne, 143. — V. Blancos, indios y énegros?, 145. — VI. Un producto nacional y en familia, 147. — VII. Nuevo liberalismo y bipartidismo, 149. — VIII. Conclusiones, 151.

I. INTRODUCCION

Alejandro López fue un antioqueño liberal que, desde Londres, escribió sobre la economía y la sociedad colombiana en la década de 1920. El siguiente ensayo explora tres temas —regionalismo, café y “nuevo” liberalismo— a partir de dos de sus trabajos: *Problemas colombianos e Idearium liberal*¹. He intentado organizar la discusión alrededor del problema de la nacionalidad, con el fin de abrir algunos interrogantes al tema de la formación y consolidación del Estado nacional en Colombia. Con ello, he querido ubicar su debate en el siglo XX.

1 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. París, 1927 (la segunda edición fue publicada por Editorial La Carreta de Medellín en 1976; la tercera se referenciará más adelante). *Idearium liberal* se publicó en París en 1931. López escribió otras obras de sociología y economía; véase: *El trabajo*. Londres, 1928; *El desarme de la usura*. Londres, 1933; *El mercado del café*. Londres, 1929 y *The World Economic Depression: Its Meaning and Cure*. Londres, 1933. Recientemente la Cámara de Representantes, en su colección Pensadores Políticos Colombianos, reeditó las cuatro primeras obras aquí mencionadas y otra serie de escritos; véase López, Alejandro. *Obras seleccionadas*. Bogotá, 1983. (Compilación y presentación de Jorge Mario Eastman).

II. LOS PROBLEMAS DE ANTIOQUIA SON LOS DEL PAÍS

Al presentar *Problemas colombianos*, escrita en Londres y publicada en París en 1927, Alejandro López expresó con claridad el objetivo de su obra:

Contribuir a la tarea emprendida por la Liga Patriótica por Antioquia y por Colombia, en su empeño de encauzar e impulsar el progreso de Antioquia, en estricta coordinación con los intereses nacionales².

Nacido en Medellín en 1876, la carrera profesional de Alejandro López podría enmarcarse en una tradición antioqueña: ingeniero civil y de minas (1889 y 1908 respectivamente), ingeniero del Ferrocarril de Antioquia y gerente de una de las empresas mineras más importantes de la época. López se exilió voluntariamente en Londres entre 1920 y 1935, donde ocupó el cargo de Cónsul General de la República de Colombia y Agente Fiscal de Compras; allí se familiarizó con el mercado internacional del café y, al regresar a su país, ocupó por algunos años la presidencia de la Federación Nacional de Cafeteros, antes de morir en 1940³.

Minería y café son, ciertamente, temas antioqueños, aunque no exclusivamente antioqueños. Y Antioquia es, de manera explícita, el marco de referencia del trabajo intelectual de Alejandro López; según él, Antioquia no tiene problemas que no sean comunes a toda la nación; "lo que ocurre en mi tierra pasa en todo el país", decía.

López había estudiado las reformas agrarias y fiscales que el oidor Juan Antonio Mon y Velarde adelantó en su región a fines del siglo XVIII. En ellas vio una de las causas del desarrollo del espíritu antioqueño, de cuya excepcionalidad habrían de dejar impresiones algunos viajeros del siglo XIX. "Pueblo moral y laborioso [...] donde el espíritu de empresa se

2 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. *Op. cit.* p. 7. Las Ligas parecen ser un signo de la época. En 1919, se fundó la Liga Costeña, a la que siguió la Liga Santandereana.

3 Se ha escrito poco sobre Alejandro López, aunque recientemente ha surgido un interés por su obra. Puede verse la introducción de Jorge Villegas a *Escritos escogidos* de Alejandro López, publicado por el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura) en 1976; López, Francisco. "Political Economy of Alejandro López". En: López, Alejandro. *The World Economic Depression: Its Meaning and Cure*. *Op. cit.*; Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia 1915-1934*. Bogotá, 1974; Mayor Mora, Alberto. *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá, 1985 (especialmente el capítulo sexto: "La sociología del trabajo de Alejandro López y el catecismo de los industriales").

desarrollaba con entusiasmo”, había dicho Pedro Justo Berrío en su discurso de posesión en 1875; una década más tarde, Manuel Uribe Angel le daría explicaciones raciales al “fenómeno antioqueño”.

Hago referencia a estas manifestaciones del regionalismo antioqueño —que más tarde habría de recibir la atención de la vida académica⁴— por la influencia que este sentimiento parece haber tenido en la obra de Alejandro López. Sus alusiones a la “raza antioqueña” son frecuentes: como cuando habla del número relativamente alto de artesanos y campesinos terratenientes en Antioquia, lo que le da a “nuestra raza una de sus grandes fuerzas”; o cuando se refiere a la colonización del Quindío, “obra peculiar de esa raza”; o cuando concluye que la “raza antioqueña resolvió por sí sola el problema agrario [...] conservándose ‘activa y libre’”. La alabanza del pueblo antioqueño, su pueblo, es manifiesta y contundente:

Una raza de brío y tumultuosa como lo es la antioqueña, sedienta de libertad individual y de posesión de la tierra, optó por la aventura heroica de conquistar nuevos territorios, ocupándolos de hecho; y ya no fue la invasión lenta y progresiva del sur, fue la irrupción en masa que ocupó y colonizó la rica región, de suelo volcánico, que hoy forma el departamento de Caldas⁵.

Me ha interesado resaltar los aspectos del López antioqueño con el fin de contrastar esa concepción del regionalismo con la de la nacionalidad colombiana y apreciar hasta dónde ésta se encuentra determinada por aquélla; es decir, hasta qué punto la idea de la nación es apenas una extensión de sus fronteras regionales.

III. COLOMBIA, UNA DEBIL IDEA

¿Cómo entiende entonces Alejandro López la nacionalidad? Frente a un arraigado regionalismo —la pertenencia a una “raza de brío y tumultuosa”— se observa la presencia tenue de la nacionalidad. No hay duda que detrás de los valores que otorga al pueblo colombiano está la tradición an-

4 Por ejemplo, los trabajos de James Parsons, Everett Hagen, Roger Brew y Alvaro López Toro. Véase: Jaramillo Uribe, Jaime. “Visión sintética de la tarea investigadora desarrollada sobre la región antioqueña”. En: Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales —FAES— (Ed.). *Memoria de Simposio. Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*. Medellín, 1982.

5 López, Alejandro. Problemas colombianos. *Op. cit.* p. 51. Las alabanzas regionales florecían en otros rincones del país: “[...] Es en Boyacá donde reside la patria”, reclamaba Armando Solano. Véase: Solano, Armando. *La melancolía de la raza indígena*. Bogotá, 1972.

tioqueña: la familia, la religión y la paz social. Los lazos nacionales parecen, sin embargo, débiles. El pasado común, por ejemplo, no es una fuente de orgullo:

El pasado nos deja una labor negativa, en que no hemos hecho otra cosa que rectificar los errores de una dirección desacertada⁶.

Se trata, claro está, del pasado nacional; pues la experiencia antioqueña encuentra en la colonización de las tierras del suroccidente la inspiración para una historia casi épica. Tampoco cree posible alabar la organización social de la época, injustamente desigual; todavía a finales de la segunda década del presente siglo, cien años después de la Independencia, se estaba en la necesidad de “desespañolizar” a Colombia. Por eso, su definición de nacionalidad es netamente contractualista, sin alabanzas al pasado ni orgullo del presente, sin pretensiones de culto a ser nacional alguno:

El principal lazo de la nacionalidad consiste en la congregación de un puñado de hombres que se juntan en un territorio dado para satisfacer sus mutuas necesidades y tomar en común medidas que complementen e intensifiquen esta relación⁷.

No hay alusión a la raza, ni a la lengua, ni a la religión, ni a la cultura, mucho menos a un destino común diferente al del resto de la humanidad. El pacto social tiene como objetivo resolver los problemas básicos de la existencia de un “puñado de hombres” que comparten, tal vez irremediablemente, un mismo pedazo de tierra.

Alejandro López no construyó un discurso nacionalista. No obstante, se lamentaba del grado de extranjerización del país: “Todo, todo es francés en Colombia [...]”; no podía aceptar que la juventud colombiana se sonrojara por desconocer la última novela francesa mientras ignoraba a Manuel Ancízar y a Salvador Camacho Roldán. Sus expresiones sobre la extranjerización de la sociedad colombiana no denotan xenofobia. Tratan, en cambio, de entender al país, de buscarle sentido a su vida interna, por razones simi-

6 López, Alejandro. *Idearium liberal*. *Op. cit.* p. 201. Armando Solano también resalta la falta de apreciación por el pasado: “El pueblo colombiano, la masa que forma la capa profunda y fundamental de la nacionalidad, ignora nuestros próceres, no sabe los nombres de nuestros libertadores, no ha vibrado jamás [...] con el relato de las hazañas fabulosas que nos libertaron”, y más adelante: “No vive en el corazón de las multitudes el recuerdo de la epopeya que nos emancipó [...]”. Solano, Armando. *Op. cit.* pp. 322-323.

7 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. *Op. cit.* p. 31.

lares a las que se opone a la inmigración de mano de obra, la que considera ineficaz, injusta y regresiva. Aquí particularmente, demuestra su preocupación por las condiciones de vida del campesinado colombiano. Su intención no es despreciar lo extranjero sino darle valor a lo propio; por eso ve con sospecha la transformación que sufren los extranjeros al llegar a Colombia:

[...] En personajes de orden superior desde el desembarque; como si el contacto con el territorio o la población los realizara, elevándolos a una potencia superior, y llegan a ocupar puestos de dirección, aunque en su tierra fueran "mano de obra" o empleados de ínfimo orden⁸.

Estas referencias a lo extranjero, sólo tangenciales, sirven, además, para resaltar la debilidad del sentimiento nacional. ¿Sería que Colombia, a finales de la década de 1920, era todavía una idea vaga e imprecisa? No lo parece; no lo es, por lo menos, para Alejandro López. Sin embargo, puede decirse que apenas el país se estaba acercando a la formación de una clase nacional por encima de las rivalidades regionales. El tema regional, que es sin duda un tema nacional, es también un tema de la época. "La pugnacidad infraternal que se manifiesta en particularismos" y los "regionalismos que amenazan la unidad nacional" son, para López, problemas que deben curarse o extinguirse "de raíz".

IV. EL CUELLO DEL CISNE

Por la unidad nacional había sido el título del folleto editado por Francisco Pineda López en 1926, donde se compilaron diversos escritos sobre los planes ferroviarios que se adelantaban en el país⁹. Pineda no era un alarmista. Ni era el único en vincular el desarrollo de las comunicaciones a la integración nacional. Así se planteaba la discusión alrededor de los proyectos ferroviarios, entre los ánimos regionalistas y la esperanza de consolidar la unión.

Alejandro López ubicó uno de los problemas de la integración nacional en las distancias que separaban al centro de las costas y fronteras. Otorgó a los ferrocarriles, por eso, la función de estrechar los lazos de simpatía entre los poblados periféricos y los interiores. Es una función de control, una vía de consolidar el dominio nacional:

8 *Ibid.* p. 187, véase también pp. 137,151.

9 Pineda López, Francisco. *Por la unidad nacional*. Bogotá, 1926.

[Las líneas del ferrocarril] permitirán al centro ejercer más eficazmente su fuerza de atracción sobre las regiones periféricas o costaneras, aminorando a la vez las atracciones y repulsiones a que las dejó sometidas por tanto tiempo la carencia de comunicaciones con el interior¹⁰.

Las fronteras y las costas, a merced de influencias exteriores, son los puntos más débiles de la nacionalidad; pero, ¿a qué clase de influencias se refiere? Su visión sobre la Costa Atlántica aclara este aspecto.

El ya reducido número de la población colombiana, sumado a su dispersa distribución en un extenso territorio con dificultades de comunicaciones, causaban serias restricciones a la expansión de la economía. La Costa Atlántica, que entonces representaba alrededor del 14% de la población colombiana, es según López una región no incorporada al mercado nacional:

[...] Entre la zona poblada de la Costa Atlántica y los focos densos de la población interior, media larga zona inhabitada totalmente [...] Es ese largo cuello el punto más débil de la topografía colombiana, estratégica y también económicamente [...] [...] La existencia de ese largo cuello, cuyos efectos no hemos sabido contrastar, deja la demanda de la población de La Costa a la disposición del trabajo extranjero.

Por supuesto que no intentamos con esto quejarnos de que la población de La Costa compre víveres al extranjero, en lugar de abastecerse del interior a más altos precios; [...] pretendemos dos cosas: una de ellas es mostrar una línea de prosperidad para nuestra industria agrícola, si ella lograra integrar esa demanda; la segunda es indicar cómo esa corriente de importación de víveres para La Costa es, además, una amenaza para la agricultura nacional, pues en cuanto las condiciones le son favorables, inunda el país de víveres extranjeros; hiere la empresa indígena y agota y desalienta nuestra agricultura¹¹.

Desde esta perspectiva, la construcción de vías de comunicación entre el interior y La Costa es una prioridad nacional de primer orden. La concepción de lo nacional, por otra parte, parece definirse en términos restrictivos; lo nacional se identifica con el interior productivo. Cuando López manifiesta su preocupación por "nuestra industria agrícola", ¿acaso se refiere exclusivamente a la agricultura de los andes? Es una lástima que no particularice aquellos productos que se importan en La Costa amenazando, según él, la

10 López, Alejandro. *Op. cit.* p. 294.

11 *Ibid.* p. 133.

agricultura nacional. Es muy posible que esté pensando en la harina, el azúcar, el arroz o el algodón. Precisamente, la importación de harina constituyó en la época una fuente de agudas controversias entre los molineros de la Costa y los productores de trigo del interior. Hay mucho por investigar en esta línea. La población de los departamentos costeos consumía un volumen significativo de productos extranjeros; pero la misma economía costea ya había comenzado a abrirse camino en el sector agropecuario. Si bien no en el caso del trigo —por explicables razones— sí ha experimentado con el azúcar, el arroz, el algodón. La Fábrica de Tejidos Obregón, por ejemplo, fomentaba el cultivo del algodón en la margen derecha del río Magdalena. El grado de integración con el mercado nacional, por otra parte, no parece tan débil como tradicionalmente se le ha querido presentar, a pesar de las dificultades de transporte.

Esta es, no obstante, una discusión ajena a este ensayo. Lo que me interesa resaltar es la visión —errada o no— que tiene Alejandro López sobre la Costa Atlántica; cómo concibe la incorporación de la región en términos de expansión de la demanda; cómo la búsqueda de nuevos mercados para los productos del interior; y cómo se recrea la idea de una Costa extraña al acontecer colombiano.

He destacado el ejemplo de La Costa por el mismo énfasis que López parece otorgarle; incorporar esta región al país es un problema nacional y por eso considera que “la vía férrea más necesaria hoy es la de acercar la capital a la Costa Atlántica”. Con todo, sus preocupaciones se mueven en un contexto más amplio, el de los problemas regionales en su relación con la nacionalidad. De ahí su cautela al esbozar el plan de ferrocarriles, donde no descuida las aspiraciones de las distintas regiones del país. También la demuestra al referirse al problema de la “transhumancia obrera”, sobre el cual sugiere “determinar cuidadosamente qué peonadas irán de una región a otra, para evitar rivalidades regionales”.

V. BLANCOS, INDIOS Y ¿NEGROS?

El tema de la nacionalidad se vuelve más complejo al analizar la función de las diferentes razas en la organización social colombiana¹². Alejandro López sostiene que todavía vivimos en un mundo colonial, dada la estruc-

12 El tema de las relaciones raciales está prácticamente inexplorado en la historiografía nacional. Parece que en la época de 1920 existió una preocupación en el país por el problema racial: véase, por ejemplo; Solano, Armando. *Op. cit.* y López de Mesa, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín, 1970.

tura que ha sobrevivido a la Independencia, “desde que los españoles de América se declararon en guerra civil contra la administración española”.

Los españoles de América son todavía colonos y Alejandro López los distancia de los “nativos”. Entre ambos, ubica a la administración: “el Estado, adormecido con el letal narcótico del ‘dejad hacer’”, que hace muy poco por redimir a la “pobre raza mestiza”. Distingue entonces tres elementos de “nuestros problemas coloniales”: la administración, los colonos y los nativos. Es así como su diagnóstico identifica la desigualdad social con las diferencias raciales y encuentra la causa de los males en las políticas proclamadas por los grupos dominantes que se “disputan el predominio y preponderancia”.

Ahora bien, si vivimos en un mundo colonial, nada más práctico para Alejandro López que estudiar la forma como los países europeos administran sus colonias. Es una recomendación dirigida a “nuestros futuros estadistas”, de donde el “mestizo y el indio de América ganarían mucho”. López ha estado analizando los trabajos de Joseph Wouter sobre el Congo Belga —que no es quizá el mejor ejemplo de benevolencia colonial— particularmente interesado en las regulaciones sobre movilización de la mano de obra, un tema bastante debatido en la Colombia de la época.

En este debate su posición es muy clara en favor de reglamentos que impidan el traslado de obreros de su medio natural; por eso le atrae el ejemplo de Bélgica, que así ha obrado en su colonia, “poniendo el poder del Estado a favor del débil para restablecer el equilibrio social”¹³.

No hay duda de que Alejandro López, al comparar la situación colombiana con las colonias europeas y recomendar el estudio de éstas para enmendar los males de aquélla, está sugiriendo un diagnóstico crítico de la sociedad contemporánea, de una Colombia donde el color de la piel vinculado al poder del Estado sigue perpetuando privilegios. Como tampoco hay duda de que, en su pensamiento, el fin último de la organización social es la igualdad, “un estado de igualdad en que todos seamos realmente iguales en todo, excepto en aquello en que el mérito sobresale por su propia virtud”.

No es muy claro, sin embargo, cómo visualiza López la organización igualitaria de esta sociedad racialmente heterogénea que es la colombiana.

13 López, Alejandro. *Idearium liberal*. *Op. cit.* p. 56. Véase también pp. 23, 25, 57, 58.

Su diagnóstico ha diferenciado drásticamente a los colonos —españoles americanos—, de los nativos —indios y mestizos— (su mención a los grupos negros y mulatos es escasa y parece ignorarlos). Hasta aquí ha querido denunciar las condiciones de una sociedad donde las diferencias sociales y económicas están determinadas por las diferencias raciales. Ha tomado partido por la igualdad, tarea que le asigna al Partido Liberal, “que es esencialmente democrático”. Donde el pensamiento de López se torna confuso es en su visión de una sociedad multiracial; es decir, ¿cómo concibe las relaciones raciales en una sociedad igualitaria?

Al no desarrollar de manera sistemática estos aspectos es muy difícil establecer conclusiones finales. Puede observarse una tendencia paternalista en sus planteamientos. Su discurso está dirigido a reformar la mentalidad de los colonos, los españoles americanos. Al parecer, Alejandro López se opone a la mezcla racial. Así lo deja ver en sus críticas a Antonio José Restrepo, quien había favorecido el concubinato como una fórmula para resolver el problema de las razas. Por eso, llama a Restrepo “viejo libertario”. Según López, “la mestización sistemática y el alcoholismo están acabando a Colombia”¹⁴.

VI. UN PRODUCTO NACIONAL Y EN FAMILIA

A diferencia del tema racial, Alejandro López enfrenta con mayor claridad y precisión los problemas agrarios del país. Además, este sector es prioritario en su análisis, donde López deja ver su pragmatismo y un entendimiento de la estructura económica del país de su época. En 1930, Colombia es ante todo un país agrario; realidad doblemente manifiesta cuando se la ve desde el mundo industrializado. Ya entonces el café es el cultivo nacional.

El café, según Alejandro López, es el “fruto más representativo de la civilización colombiana” y faltan “palabras en el vocabulario para [sus] alabanzas”. La experiencia cafetera —lo que López percibe como la esencia de la experiencia cafetera— le sirve para construir su propuesta agraria. La alabanza del café es también la alabanza de la empresa familiar, de la pequeña propiedad y de la producción nacional:

El café es la planta por excelencia adecuada al pejugal, al trabajo en peque-

14 *Ibid.* pp. 69, 75. Véase: Restrepo, Antonio José. *Cancionero de Antioquia*. Medellín, 1971.

ño pero independiente. Prospera mejor cultivada en pequeño, en el huerto y en familia [...] ¹⁵.

Hay un sabor anarquista en esta concepción social basada en la pequeña propiedad. Por otra parte, la empresa familiar cobra un sentido romántico:

Se va volviendo un crimen la vaca de leche casera, el puerco cebado con los desperdicios del hogar; ya ni se tolera la tenencia del perro que hace de guardián para cuidar lo que cuida el policía: la fábrica de cigarros le quitó a la mujer esa industria a domicilio en que empleaba horas robadas al sueño o a la administración de la casa, para doblar tabaco que otro proporcionaba y devolver cigarros que aquél distribuía; y gracias a que hemos sido incapaces de resolver el problema sencillo de la producción de huevos en grande escala, aún le quedan a nuestras dueñas algunas gallinas en el solar, mientras llega la Junta de Higiene a dar órdenes excluyentes ¹⁶.

El cultivo del café, vinculado a la pequeña propiedad y a la empresa familiar, sería el instrumento de consolidación de una clase media independiente y sólida. La producción cafetera así descrita se contrasta, por un lado, con el cultivo bananero del Magdalena en manos de un monopolio extranjero; y por el otro, con la industria del pastoreo que se ha apoderado de las mejores tierras obstruyendo la formación de un "campesinado terrateniente". Alejandro López hacía referencia explícita a las sabanas de Bolívar, que se vendían "incluyendo en el precio a los peones, a quienes se había servilizado por el anticipo de dineros o de géneros". Las críticas al sector ganadero le sirven para apoyar la subdivisión de la tierra y las críticas al monopolio extranjero sobre el banano le dan argumentos para defender la producción agrícola en manos nacionales. Es interesante destacar estos aspectos del pensamiento de López en momentos en que el país se inundaba de dólares y pensaba en industrializarse.

Alejandro López fue un agrarista y como agrarista un entusiasta del país cafetero y enemigo de las grandes propiedades de tierra. Su visión puede en parte explicarse gracias a su experiencia en Inglaterra, donde ha descubierto las reales dimensiones de un país industrializado, las posibilidades del mercado, y también sus restricciones. En cierto sentido, su visión es pragmática y realista.

15 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. Medellín, 1976. p. 45.

16 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. París, 1927. p. 39.

Como entusiasta del café, no se identifica con los defensores del monocultivo. Diez años antes, por ejemplo, Antonio José Restrepo había publicado *El moderno imperialismo*, en tono de librecambista exaltado, para combatir a los proponentes de la pluralidad de industrias¹⁷. A diferencia de Restrepo, quien a veces parece pedir la concentración de esfuerzos casi exclusivamente en beneficio del café, López aboga por otros cultivos agrícolas “que reclaman todo nuestro apoyo”: azúcar, algodón, arroz, tabaco, para cuya promoción propone la adopción de planes quinquenales. También pide apoyo para la industria ganadera.

Alejandro López fue intervencionista, creyente en el papel activo del Estado en la reconstrucción y reorganización de nuestra industria agrícola. Este entusiasmo agrarista, por otra parte, le llevó a proclamar al Partido Liberal como un partido agrario, idea que dejó impresa en el programa del Partido Liberal de 1935.

VII. NUEVO LIBERALISMO Y BIPARTIDISMO

Sus planteamientos y propuestas convergen en las tareas que debe enfrentar el Partido Liberal, su partido, por el cual manifiesta una inequívoca lealtad. La reforma agraria, la necesidad de organizar una sociedad igualitaria, el ideal de una sincera y real democracia son parte del programa que le propone a un Partido Liberal del siglo XX.

Ha visto en Londres la caída del Partido Liberal y cómo el Laborismo tomaba su puesto en el panorama político de aquel país. En vez de propugnar la creación de un nuevo partido que representara las luchas de una nueva época histórica, Alejandro López planteó la incorporación de unas funciones modernas en el partido tradicional. Sus propuestas tuvieron como objetivo prevenir en Colombia el fenómeno del laborismo inglés.

Sin embargo, Alejandro López estuvo muy lejos de ser obrerista. Creía en la consolidación de una clase media, la que veía como un estímulo para los de arriba y freno para los de abajo. El anhelo de la igualdad debía ser el ideal del liberalismo colombiano; “perseguir directamente la libertad dejando de lado la igualdad es el gran error o la gran mentira de los políticos indoamericanos”. El Partido Liberal debe ser un partido “económico”.

López vinculó el bipartidismo a la existencia misma de la nacionalidad; la fusión de los partidos la consideró imposible y dañina. Se opuso por ello

17 Véase: Restrepo, Antonio José. *El moderno imperialismo*. Bogotá, 1984.

a la creación del Partido Republicano, criticando además su tono librecambista. Atacó, en particular, las publicaciones de Tomás Eastman a las que atribuyó el efecto de desorganizar el Partido Liberal y darle buena tregua al partido gobernante. Su defensa del bipartidismo supone la revigorización del Liberalismo, la modernización de los partidos y el sano entendimiento en la lucha política:

[...] Para restablecer la normalidad tenemos que provocar un renacimiento moral y económico como base de una política racional y sincera, pero ese renacimiento no puede engendrarlo un partido desgastado en el poder y con políticos desacreditados, cuya única disculpa es haber contaminado a los hombres de la oposición. Se excusa la actual, evidente desmoralización del país, alegando que es general. Es esa precisamente la gran responsabilidad de los dos partidos históricos: la del Conservador, por haber procurado por cuantos medios ha tenido a mano la descomposición Liberal [...] La del Partido Liberal por haber pretendido cumplir sus responsabilidades para con la Nación infiltrándose o fundiéndose en el partido gobernante [...] Llevamos veinte años de situación política irregular en demasía, en que la juventud de uno y otro partido desempeña papeles nimios y plebeyos [...] La juventud conservadora [...] surge sin más aliciente que la conservación y defensa del poder heredado, la captación de las influencias que dan acceso al favoritismo, sin más virtudes que la del seguimiento [...].

Por donde quiera que se contemplen los problemas que a todos nos preocupan, cualquiera sea el aspecto que se considere, sea el moral, el político, el económico o el intelectual, se ofrece una sola y única noción como salida: ORGANIZACIÓN. Sólo una buena organización administrativa nos permitiría resguardar el crédito del personal y poner coto al desgaste de reputaciones que nos van dejando sin hombres en quienes el público ponga su confianza y a quienes les abra un crédito de confianza que facilite toda operación, pues a fuerza de desconfiar nos vamos inmovilizando. Organizarlo todo es la más urgente obra nacional. Organizar las ideas y sistemas políticos y organizar los partidos como entidades separadas e independientes.

Considero fundamental para el recto funcionamiento de la república, más aún, para la existencia misma de la nacionalidad, que haya dos partidos bien organizados, el uno en el poder y el otro preparándose para sustituirlo a su turno por medios legales y pacíficos [...].

La fusión de los partidos es imposible y dañina. Pretender hoy que los dos partidos conserven la actitud irreconciliable y apasionada que asumieron en las postrimerías del siglo pasado es querer volver atrás los ríos [...] La lucha se plantea hoy en una atmósfera menos pasional, con programas más constructivos y de diferencias menos tenues, menos estridentes y angulosas [...] [...] El problema político se plantea de esta manera [...]: *ponernos de acuerdo hasta donde sea*

posible sin comprometer los dos sistemas ni afectar la independencia recíproca o la existencia de los dos partidos¹⁸.

VIII. CONCLUSIONES

Varios han sido los puntos mencionados en este ensayo sobre el pensamiento de Alejandro López. He intentado organizar la discusión de los mismos alrededor del problema de la nacionalidad que, como he creído poder demostrar, es una preocupación central en su obra. Un fuerte sentimiento regionalista contrasta con su débil concepción de la nación. Esta se entiende en términos contractualistas, a partir de la existencia de un grupo humano que comparte un mismo territorio y debe solucionar unas necesidades comunes. No hay en su obra culto alguno a la nación; pero un sentido pragmático le lleva a rechazar la “extranjerización” de la mentalidad colombiana. Su diagnóstico de los problemas incorpora el problema racial y reconoce los conflictos regionales como todavía delicados hasta amenazar contra la unidad nacional. La alabanza del café, de su supuesta organización igualitaria, y la defensa del bipartidismo son otras facetas de su búsqueda por entender los problemas nacionales.

Puede verse en su obra un intento muy claro y honesto de volver nacional lo regional; su análisis del país está enmarcado en la experiencia antioqueña y los problemas que plantea como colombianos están muy relacionados con las limitaciones que encuentra esta región en su labor colonizadora. Por eso para López, “nuestra población es casi íntegramente serrana, y presenta los rasgos característicos de los pueblos montañeses”, y desde sus montañas plantea “dominar los valles ardientes de exhuberancias prodigiosas y tentadoras, por medio de transportes que nos permitan volver a las líneas de base al sentir los mordiscos del trópico inclemente”. Esta labor colonizadora se haría a través de los ferrocarriles, que “permitirán al centro ejercer más eficazmente su fuerza de atracción sobre las regiones periféricas o costaneras [...]”.

Una de sus preocupaciones centrales gira alrededor de las restricciones que encuentra en la expansión de la demanda —de la demanda de productos antioqueños—. Esto es muy claro cuando se refiere al problema de La Costa y a la necesidad de integrar esta región con el resto del país, hasta ahora, “parte del sistema económico de otros países”. Con las reformas que propone, aspira que, algún día, “consumirán las familias de La Costa los víveres de procedencia nacional”.

18 López, Alejandro. *Idearium liberal*. *Op. cit.* pp. 190-ss.

¿Por qué su referencia casi que exclusiva a La Costa cuando habla del problema de las comunicaciones y de la integración nacional? ¿Cuáles son los criterios detrás de la necesidad de “colombianizar” La Costa? ¿No era ya acaso cierto lo que más tarde expresaría Luis Eduardo Nieto Arteta —aunque sin rigurosidad empírica—: “El destino y desarrollo local de la ciudad de Barranquilla están vinculados al café [...]”?

¿A qué se debe su insistencia en el estudio de las colonias europeas como ejemplo a seguir en el caso colombiano? Puede ser que su diagnóstico considere que la organización social de la república no ha superado las injusticias y las rigideces del antiguo régimen; de ahí la necesidad de “desespañolizar” al país. Pero, ¿no formará esta visión de la nación parte de la mentalidad de las élites antioqueñas? Una organización colonial supone, entre otros elementos, la existencia de un grupo dominante extraño y ajeno a la sociedad sobre la cual gobierna. ¿Sería acaso que los criollos españoles —para utilizar una expresión colonial— de tercera, cuarta o sexta generación se siguen distanciando de las otras razas, estas sí nativas? Todo esto nos ubica frente al tema de las relaciones raciales en Colombia, tema ciertamente inexplorado, de una riqueza académica quizá insospechada.

Desde otro punto de vista, Alejandro López también nos acerca a otros aspectos del colonialismo. ¿Podríamos hablar de un colonialismo interno? ¿No se ha llamado “colonización antioqueña” a ese movimiento humano que se apoderó de ese vasto territorio que es el viejo Caldas? Aquella fue una colonización física, ¿no podríamos hablar entonces de otras formas de colonización mediante, por ejemplo, el capital o el poder político?

Quedan abiertos varios interrogantes. He querido situar la obra de López en el contexto de las diferencias regionales y la consolidación del Estado Nacional, tema que en el caso colombiano, a mi modo de ver, no se agota en el siglo XIX, después de la guerra de 1885, ni tampoco con la separación de Panamá. He querido también descubrir las raíces regionalistas del “discurso nacional” de Alejandro López con el fin de establecer cómo y cuándo se vuelve nacional lo regional en el campo de las ideas.